

Meister Eckhart: El Nacimiento de Dios en el alma.

Sermones 101-104.

La idea central de la mística ekhartiana, como reconocen hoy la mayoría de especialistas, es la que se refiere al nacimiento de Dios en el alma. Requisitos para este nacimiento interior son el desapego y abandono y “un corazón vehemente en el que reine sin embargo una indestructible y silenciosa paz”¹.

El nacimiento del Verbo se produce en lo más puro y valioso de nuestra alma, en lo más interior de nuestro interior: en esa chispita o *scintilla*, que recibe en Eckhart diferentes nombres². El Maestro Eckhart nos invita a vivir y permanecer en nuestro fondo, en nuestra esencia, pues es ahí donde Dios nos toca “con su simple esencia, sin que haya ninguna imagen como intermediaria” (Pr. 101; p. 83). Nos toca allí “donde todas las potencias están retiradas de toda su actividad” (id.; p. 84).

El alma debe estar en paz, serena y en reposo, como dice el profeta: “cuando todas las cosas descansaban en un profundo silencio, descendió hacia mí desde lo alto, ..., una palabra secreta”.

Eckhart cita al Pseudo-Dionisio, quien exhortaba a Timoteo para que procurase tener su “espíritu libre de ansiedades”, elevándose por encima de sí mismo, “por encima de toda forma y de toda esencia”, “para llegar a un conocimiento del Dios desconocido”. Le recordaba también la necesidad de “un desapego de todas las cosas” pues que “a Dios le repugna actuar entre toda clase de imágenes”³.

Cita también (libremente) el *Cantar de los Cantares*, al que llamaba el *Libro del amor*, en ese pasaje que dice: “Mi alma se fundió y se disolvió

¹ Cito a Eckhart por la traducción de S. N. (sic) de la editorial Sanz y Torres, con el título de *Tratados espirituales*, Madrid, 2008, pp. 81-118. Pero ahí, el Sermón 104 se antepone al 103 (con los apartados 3 y 4 de lo que considera el editor un tratado (*Del nacimiento eterno*) y no un ciclo de cuatro sermones). Cito pues la página de este libro, precedida del número del Sermón alemán (Pr.) tal como establece la excelente traducción francesa que recomiendo: *Maître Eckhart: Le Silence et le Verbe. Sermons 87-105. Tome IV. Présentation et traduction d'Éric Mangin*, Seuil, Paris, 2012. En esta cita: Pr. 104; p. 109.

² Meister Eckhart se refiere a ella con diferentes metáforas y, así, la llama: chispa del alma, arca, cabeza, varón, señora, cumbre del alma, luz, imagen, *sindéresis*, fuerza, algo, custodia, esencia, castillo, fondo, remolino, cúspide, razón suprema, etc., “conceptos todos que quisieran expresar propiamente una dinámica”, como escribe A. M. Haas. Cf. Alois Maria Haas: *Maestro Eckhart. Figura normativa para la vida espiritual*. Herder, Barcelona, 2002, pp. 61-62.

³ Cf. *Tratados espirituales*, o. c., Pr. 101; pp. 85-86.

cuando el bienamado me dijo su palabra: cuando él llegó fue necesario que yo me fuera”⁴.

En este nacimiento, no sólo es engendrado el Verbo, el Hijo, sino que somos engendrados nosotros como hijos “del mismo Padre celestial”. Para encontrar a “este noble hijo” en nosotros nos hace falta renunciar “a la diversidad”, a la multiplicidad, incluso a la semejanza, y volver a nuestro “punto de partida”, “al fondo” de donde hemos venido⁵.

Dios es nuestra verdadera naturaleza y nos es más íntimo que nosotros mismos, afirma, recogiendo la idea de S. Agustín. Dicho de otra manera: la imagen de Dios que está en nuestra alma, la imagen que somos, es “pulida y perfeccionada” por medio de este nacimiento (cf. Pr. 102; p. 90).

Participamos de la acción de Dios, de todos sus dones, de su Gracia, en este nacimiento, de manera que “Dios se difunde por el alma con tal plenitud de luz que llega a haber tal abundancia de ésta en el fondo del alma que mana y se desborda por las potencias del alma e incluso en el hombre exterior” (id.; p. 91). “La plétora de luz que hay en el fondo del alma se desborda en el cuerpo, que se transfigura” (ib.). En otro sermón alemán lo dice con otras palabras: “Cuando tú sales completamente de tu querer y de tu saber, Dios entra gustosamente con su saber y su luz brilla clara en ti”⁶.

Insistiendo en la necesidad previa del desprendimiento, repite la idea de recoger todas las potencias citando a un maestro:

“Cuando el hombre ha de realizar una obra interior es preciso que recoja todas sus fuerzas en cierta forma en una esquina de su alma y se oculte a todas las imágenes y las formas y entonces podrá actuar. Es necesario que llegue a un estado de olvido, de ignorancia. Es preciso que haya sosiego y silencio donde esta palabra debe ser percibida: no se puede llegar a ella mejor que por el sosiego y el silencio; ahí se la puede oír, ahí se la comprende como es necesario: ¡en la ignorancia! Cuando ya no se sabe nada, ella se deja ver y se revela”⁷.

⁴ Cf. id., p.87.

⁵ Cf. id., Pr. 103; p. 110.

⁶ Cf. ib..

⁷ Pr. 102; p. 95.

Estas palabras nos recuerdan el impresionante sermón alemán número 52, uno de los más importantes de Eckhart, sobre la pobreza de espíritu: no querer nada, no saber nada, no tener nada...

Pero no es desde la ignorancia y el desconocimiento de sí, sino que es desde el conocimiento como piensa Eckhart que se debe llegar al desconocimiento (de lo sobrenatural).

Se trata, en definitiva, de un estado de pasividad, de *pati Deum*, “padecer a Dios”, como leemos al final del Sermón 102. Dios es ilimitado en su capacidad de dar y el alma es ilimitada en su capacidad de recibir: “el alma es un abismo en su capacidad de sufrir. Ella es pues transformada supremamente por y en Dios. Dios debe actuar y el alma debe sufrir: Él debe conocerse y amarse a sí mismo en ella, ella debe conocer con su conocimiento, amar con su amor” (ideas y expresiones que encontramos en la teosofía de Ibn Arabi)⁸. Verdaderamente es Dios quien actúa en nosotros si estamos del todo desprendidos (cf. Pr. 104; p. 102). Este es el consejo de Eckhart: “Abandónate por completo y deja que Dios actúe en ti y para ti como Él quiera” (cf. id.; p. 106). Pero, es obvio, ello implica una absoluta confianza.

“¡Por muy firmemente que un hombre esté unido a toda clase de cosas, si penetra en la verdadera experiencia interior se libera de todas ellas!” (id.; pp. 107-108).

La palabra secreta, nacida en nuestro interior, “yace oculta en el alma”. Es ahí donde hay que buscarla, para que se manifieste, pues el hombre es capaz de Dios, puede experimentar a Dios.

A Eckhart le gusta recordar una frase de San Agustín: “el alma está más allá donde ama que allí donde da la vida al cuerpo” (cf. id.; p. 93). Y a Dios no hay que buscarlo acá o allá, pues “Él no está más allá de la puerta de tu corazón”. Cuando éste está dispuesto, “Dios penetra en él sin duda ni retraso”, en ese mismo instante⁹.

Hacia el final de este ciclo de cuatro sermones, Eckhart responde a la pregunta de si hay un signo de que ese nacimiento se ha producido en el alma. Dice que hay tres pero que ahora hablará de uno sólo: “que ninguna criatura puede ser ya para” [nosotros] “un impedimento”, pues que todas

⁸ Cf. id., Pr. 102, pp. 96-97.

⁹ Cf. Pr. 103; p. 114.

nos muestran a Dios y nos muestran este nacimiento. “Lo que antes era un obstáculo, ahora te sirve para que avances”¹⁰. Pero Eckhart añade otro signo: que suceda lo que nos suceda, todo lo aceptamos o resistimos alegre y ecuanímente. Esta es una idea en la que él insiste muy a menudo. Y, por supuesto, se refiere al amor, “la más fuerte de las ataduras” y al mismo tiempo “una dulce carga”¹¹, pues cuanto más cautivos seamos por el amor, más liberados seremos.

Cuando renuncias a todas las cosas, se te dan todas las cosas.

“La muerte separa al alma del cuerpo, pero el amor separa todas las cosas del alma: lo que no es Dios o de Dios no lo aguanta a ningún precio. El que está cogido en esta red, el que marcha por este camino, no importa en qué se ocupe o qué se dedique, es el amor el que lo hace, es únicamente su obra, ¡que haga algo o no haga nada no tiene ninguna importancia”¹².

“¡Que no busque otro camino el que ha hallado este!”, aconseja en la conclusión de este ciclo de sermones, pues cuando se produce este nacimiento, nada puede ya apartarnos de Dios¹³.

Francisco Martínez Albarracín

¹⁰ Cf. Pr. 103; pp. 115-116.

¹¹ Cf. ib.

¹² Cf. Pr. 103; p. 117.

¹³ Cf. Pr. 101; p. 89.